



Mi hija no puede ser disléxica ¡Si lo sabré yo, que soy su madre!

Me dicen que mi hija Patricia, de seis años, es disléxica. Yo no me lo creo. Mi hija es normal. Mi intuición de madre nunca me ha engañado.

(Patricia madre: Almería).

Supongo que lo que te han dicho es que tu hija parece que puede tener dislexia. Pero lo primero que te recomiendo es que reelabores un poquito tu propio lenguaje.

Tener dislexia no es no ser normal o ser anormal. Sólo es eso: tener un problema que se llama dislexia y que, si lo tiene, es mucho mejor atenderlo y resolverlo, que ignorarlo y no resolverlo.

Tampoco se trata de creer o no creer. No es cuestión de fe. Es cuestión de comprobación. Si tu hija tiene o padece dislexia se puede comprobar. Y si se comprueba no es ya que lo creas o no. La tiene. Pasa lo mismo cuando las personas son zurdas o tienen varias dioptrías en un ojo. Ser zurdo, tener dioptrías o padecer dislexia no es ser anormal, sino tener un problema que resolver.

Y si tu hija Patricia tiene un problema, el problema está fuera de tí: no lo metas dentro de tí para que tengamos que resolver dos problemas: la dislexia de Patricia y la angustia de su madre. El problema está fuera de tí y hay que resolverlo fuera de tí.

¿Qué es lo más importante en este momento? Sólo una cosa: que se haga un diagnóstico y que ese diagnóstico esté bien hecho, sea acertado y esté tan bien fundamentado que los padres lo puedan comprender perfectamente.

Porque hay diagnósticos prematuros: más desde la intuición del aficionado que desde la observación del técnico, se le pone el epíteto de dislexia a lo que no es más que una anomalía completamente ocasional o pasajera y que sólo aparece en algunas circunstancias.

En cambio hay diagnósticos precoces: los que se hacen en cuanto se tienen los primeros síntomas: no los que se hacen después de haberse resistido tiempo y tiempo a admitir que pueda existir la dislexia, sino que, en cuanto se tiene la sospecha o el dato que puede funcionar como síntoma, entonces se hace el diagnóstico para prevenir o acudir inmediatamente a poner remedio a la situación.

Hay diagnósticos verdaderos o equivocados. Evidentemente los equivocados equivocan, pero con graves consecuencias, cuando menos las de ir un tiempo por un camino erróneo.

Pero lo más frecuente y grave es que no haya diagnóstico. Porque a unos padres les baste su propia intuición o a unos profesores les baste su ojo clínico. Sin diagnóstico técnico no se debe dar ningún paso.

Y para hacer el diagnóstico, lo lógico es que la escuela, sobre todo en los primeros cursos, tenga personal especializado en detectar este tipo de problemas. Y su función es precisamente ésa, alertar a tiempo sobre el posible problema y ayudar a diagnosticarlo.

Y por parte de los padres su ayuda es indispensable precisamente para elaborar el diagnóstico: sus observaciones son insustituibles. Y nadie mejor que unos padres sensatamente observadores para ayudar a un técnico a elaborar con acierto un diagnóstico.

Como puedes comprobar, mi respuesta no afecta a la posible dislexia de tu hija, sino a las actitudes de una madre ante la posible dislexia de su hija. Y, por lo menos, admite que la dislexia puede existir. Y que, si existe, lo mejor es atenderla. ■